

Fotografía histórica de las primeras fortificaciones de Valparaíso. Corresponde a las piezas emplazadas en el Fuerte Bueras, ubicado donde actualmente funciona la Academia de Guerra Naval y Cuartel de la Guarnición IM. "Orden y Seguridad" de Valparaíso.

## **APUNTES PARA UNA HISTORIA DEL CUERPO DE INFANTERIA DE MARINA**

---

El presente artículo está basado en un estudio elaborado por el Capitán de Corbeta IM. Sr. Pedro GONZALEZ Pacheco (Q.E.P.D.), publicado en Revista de Marina con motivo de haber obtenido el 2º Premio en el concurso Prat, del año 1952, cuando tenía el grado de Teniente 2º DC.

La presente publicación constituye un sentido homenaje de recordación a este connotado héroe de paz del Cuerpo de Infantería de Marina, trágicamente fallecido el 9 de abril de 1961, cuando comandaba la Base Naval "Arturo Prat" del Territorio Antártico chileno.

---

**E**ra el día lejano en que el español temblaba ante el grito agorero de: ¡Llegó Sharp a Penco! La negra bandera del bajel corsario era como un relampagueo de ominosos cuchillos en la obscuridad de la noche. Para calmar sus temores, las manos intranquilas de los colonos intentaron fundir en Santiago de Nueva Extremadura, en 1578, unos cañones de bronce. Los dirigía en su empeño, el Gobernador don Rodrigo de Quiroga y le daba aliento la esperanza de poner

coto a las incursiones de la piratería británica y holandesa. Pero todo fue en vano. Y los puertos indefensos continuaron siendo presa fácil de la audacia y rapacidad de Drake, Cavendish, Hawkings, Cherritz, Davis y otros cuyas aventuras llegaban a los oídos asombrados de la buena gente colonial, para sobrecogerla de espanto y de recelos.

Pero la amenaza de aquellos asaltos —espada esgrimida desde el mar sobre las poblaciones de la costa— hizo que la iniciativa privada y gubernamental unieran sus esfuerzos para dar a Chile una cadena de baterías y castillos fortificados, extendida como cinturón de acero, piedra y lodo, a lo largo de su extenso litoral.

Cuando en 1810 alboreó la República, existían baluartes para la defensa de Coquimbo, Valparaíso, Talcahuano y Valdivia. Pero sólo este último puerto estaba realmente guarnecido para resistir un ataque en fuerza.

Tenía Valparaíso cinco castillos. El de San José, en la falda del cerro Cordillera; la Concepción, en el cerro Alegre; el de San Antonio se levantaba en Playa Ancha, en el mismo solar en que más tarde se alzaría la Escuela Naval. El castillo Barón, en el cerro de su nombre; y el reducto La Baja, donde hoy vibra la poblada herradura de la caleta El Membrillo. Y fue en uno de ellos —en la sala principal del castillo San José— donde se reunieron las autoridades y vecinos más prominentes para proclamar la independencia nacional.

Se diría que el destino eligió para ese juramento el más noble timbre y la mejor proclama: Las bocas ruidosas de los cañones de aquel fuerte. Por la artillería de costa supieron las anchurosas aguas del Pacífico la libertad de la patria y la viril resolución de mantenerla.

Pero no es de los moradores de esos castillos de los que descende nuestro Cuerpo de Infantería de Marina. Aunque llegue después a cubrir sus baterías, tiene su raíz y su cuna en las guarniciones de infantería que sirvieron a bordo de los primeros buques.

Aún aleteaba ensorberbecido el cónдор triunfante en Maipú y estaba todavía temblorosa la mano del brazo legendario, cuando don Bernardo O'Higgins firma el decreto del 16 de junio de 1818 que puede considerarse el de la formación de la Infantería de Marina, ya que en él se considera a la guarnición como parte integrante de la tripulación. Esto no era otra cosa que la constancia oficial de la necesidad de su existencia y de los méritos ganados a través de las primeras acciones navales de la gesta emancipadora.

La actitud colonial meramente defensiva y de espera, se supera en la guerra de la independencia. Aunque se había robustecido la defensa del puerto con el fortín Playa Ancha y el Fuerte Bueras, al enemigo no se le aguardaría ya tras las almenas; se le saldría a buscar por todas las rutas del océano. Y algo más, aquellos cañones cuya bocas ígneas asomaban en los recodos del cordón de cerros porteños, no estaban allí sólo para inspirar tranquilidad a una población amedrentada por las incursiones ni para defender la ciudad de Valparaíso de posibles ataques. También debían proteger la base naval, a cuyo amparo se cobijaba esa blanca escuadrilla de gaviotas guerreras que alineaban sus buques, uno a uno, bajo la mirada creadora de el triunfador de El Roble. Velas de la primera escuadra que pronto se hincharon victoriosas, consiguiendo el dominio del mar, única manera de asegurar la definitiva derrota del enemigo.

Desde que los cañones del castillo de San José horadaron las brisas salinas pregonando la libertad, los artilleros, con tal nombre o el de Infantes de Marina, formando un solo cuerpo o cuerpos separados, estuvieron en dondequiera que hubo lucha.

A bordo del "Águila", la primera vela nacional que hincharon los vientos del Pacífico, fueron la confianza y tranquilidad del mando, fueron la fuerza del derecho. Aquella tripulación de extranjeros mercenarios y de algunos chilenos reclutados contra su voluntad, era un hervidero de traiciones, de insubordinación y de frecuentes desórdenes. La guar-

nición fue el sello de la disciplina, la seguridad del cumplimiento de los deberes.

Sin duda, en ello meditaba el General O'Higgins cuando el 3 de marzo de 1817, disponía: "... deberán ir a bordo ("Aguila") 25 cazadores armados y amunicionados al mando del oficial Morris o de otro que sea de plena satisfacción..." El "Aguila" zarpó a Juan Fernández y regresó de la isla el 31 de marzo, con la recién nombrada guarnición de 25 cazadores.

de Artillería don Guillermo Miller. El Comandante, de acuerdo con las instrucciones recibidas, debía dividir "la tripulación y tropa de Marina a sus órdenes en tres fuertes partidas de abordajes".

Al clarear el día veintisiete, O'Brien trató de abordar la "Esmeralda". Los soldados del Capitán Miller, apostados en las cofas y castillo, descargaron el fuego de su fusilería contra la tripulación española. Una treintena saltó a la cubierta enemiga, con O'Brien en la



Cañón de la Batería Vergara, en el Fuerte Vergara, Las Salinas

No podían faltar los infantes a la cita que O'Brien tuvo con la muerte, el 27 de abril de 1818, cuando trató de romper el bloqueo de la "Esmeralda" y el "Pezuela" con la fragata "Lautaro". Se había embarcado en este buque una compañía de infantería al mando del Capitán

media luz de la madrugada, cuando el bauprés de la "Lautaro" chocó con la "Esmeralda". Pelearon junto a su jefe hasta que el heroico marino cayó desangrándose sobre la cubierta enemiga. Turner, sucesor de O'Brien en el comando del buque, no podía callar el com-

portamiento de la guarnición y así dice en su informe del combate: "Sobre todo recomiendo a V. S. el mérito que ha contraído el capitán de la tropa, don Guillermo Miller, cuya intrepidez y valor daba el mejor ejemplo a sus soldados, quienes se portaron del modo más brillante que podría hacerse".

También el legendario barco chileno de corso, "Rosa de los Andes", que surcó las aguas del Pacífico bajo el mando de Illingworth, transportó a su bordo 80 hombres de tropa y dos oficiales con nombres a tono con la misión: Rico y Cael de Jersicure. Tenía por capitán a Desseniens, de inquieta sangre francesa. Llevaba fusiles para las cofas y cañones para desembarcos. De los cañones iba preocupado el alférez chileno don Francisco Fierro, con sus veinte artilleros. Y bien que los usaron el 17 de septiembre de 1819 cuando asaltaron en Panamá, la isla fortificada de Taboga, que defiende la entrada del puerto; y por octubre, cuando se adueñaron de la costa del Chocó, en Ecuador, y allí enarbolaron la bandera de Chile.

Cuando terminó el crucero y quedó varada la "Rosa de los Andes" en la desembocadura del río Izcuandé, varios soldados siguieron a Illingworth en la campaña terrestre con el General Sucre. Porque entonces, la lucha por la libertad era una sola y misma, en todo el suelo de América.

Los afanes de O'Higgins, de Zenteno y de Blanco para formar la primera escuadra y dotarla con todo lo que fuera menester, dieron a luz el decreto del 16 de junio de 1818. Aunque en este documento no se dispone con propiedad y taxativamente la formación de la Infantería de Marina, bien puede considerarse como si así lo hiciera, pues en él señalaron a Higginsson entre otras obligaciones, la de proponer "los oficiales y tropa con que debían dotarse los bajeles, en la inteligencia de que la tripulación del "Lautaro" ha de constar de 200 marineros extranjeros, 100 grumetes del país, 80 hombres de tropa y competente número de artilleros de mar". Esta gente dispararía los fusiles desde las cofas y los cañones en las amuradas, manejaría el machete en los abordajes y la bayoneta en los desembarcos.

El Ministro Zenteno complementa las disposiciones del decreto del 16 de junio, ordenando "que se forme una relación circunstanciada de todas las piezas de artillería que se hallen actualmente empleadas al servicio de la fortaleza, y que no haciendo notable falta, puedan destinarse a la Marina". Con el material, vino a bordo la gente que los servía. De este modo se inició el servicio mancomunado de infantes y artilleros.

La Brigada de Artilleros de Marina quedó bajo las órdenes del Sargento Mayor Guillermo Miller, con un piquete del Batallón N° 1 de Cazadores, cuyo oficial, el Subteniente Erezcano, se embarcó también con su tropa.

Y el 25 de julio del mismo año, se dio el mando de la "1ª Compañía suelta nuevamente creada" al Capitán Juan Yung, a quien secundaban los Tenientes Francisco Arias y Agustín Soto.

Cuando los buques desplegaron sus lonas en la histórica salida del 10 de octubre de 1818, llevaban a su bordo 150 soldados y 78 artilleros. El castillo de San Antonio hizo las salvas de ordenanza, saludando la recién izada insignia de Blanco Encalada, y también las esperanzas de Chile que se hacían a la mar.

Salió la escuadra a conquistar el dominio del mar, porque sólo cuando Chile imperara sobre su océano sería posible llevar la guerra al Perú y aniquilar así las fuerzas monárquicas.

Cuenta Miller en sus memorias que durante la navegación, aprovechaban el tiempo en su entrenamiento, que tan útil y provechoso había de serles dieciocho días más tarde, cuando atraparon en Talcahuano la fragata española "María Isabel". Blanco mandó a su bordo dos oficiales con 50 marineros para tomar posesión y tratar de sacarla. Luego hizo desembarcar "150 soldados de Marina y algunos artilleros" para cerrar el paso a las fuerzas peninsulares que podía enviar Sánchez desde Concepción, hasta poner a flote la nave capturada. Se dirigieron a tomar ventajosa posición en el portón de la plaza. Pretendían asegurar que nada impediría sacar la fragata, "que estaba varada a tiro de piedra de la playa".

Media hora había corrido desde que saltaron a tierra y aun no habían tomado posición, cuando fueron repelidos por los soldados de España que llegaban presurosos y en gran número, de la vecina Concepción.

"... Los vi atacados por una fuerza superior —dice el Almirante Blanco en el parte oficial— y tuve el mayor placer de ver batirse a los soldados de Marina y artilleros con un valor singular, sosteniéndose mutuamente en el reembarco, animados por sus valientes oficiales".

Llegó la noche. El viento "refrescaba más del Norte". Las esperanzas de sacar la fragata ya parecían perdidas. Pasada la medianoche, se descargó una fuerte lluvia. Cuando escampó, al cabo de dos horas, el enemigo quiso recuperar la "María Isabel" y trató de abordarla con tres lanchas; pero los asaltantes fueron rechazados por 60 bravos soldados de Marina que esperaban vigilantes.

A las 11 de la mañana logró salir la fragata. La escuadra se hizo a la mar con la valiosa presa.

Al dar cuenta de la victoria, no olvidó el almirante recomendar al valeroso Miller, a Yung y demás oficiales, a los que calificó de "acreedores a las gracias de la patria". Ciertamente habían contribuido a dar a Chile el dominio del Pacífico en su primer ensayo. Con justicia usaron en el brazo izquierdo el escudo de paño verde mar, en cuyo centro se veía, en bordado de oro, un tridente orlado de laurel.

Cuando Lord Cochrane enarboló su insignia de Almirante de la Escuadra chilena, distribuyó en los buques de su mando 226 infantes de Marina y 78 artilleros. En todo cooperaban y participaban. El propio Cochrane confiesa en sus memorias que "la mayor parte de los que servían a bordo tenían que hacer el servicio de Infantes de Marina y marineros". Y sus proclamas las iniciaba siempre nombrándoles primero: "Soldados de Marina y marineros".

Miller era el jefe en el primer cruce-ro. Desembarcó con sus bravos en la isla San Lorenzo, en Huacho por víveres,

en Paita y en Supe. De este último suceso relata Foster, entonces comandante de la fragata "O'Higgins": "... pude avanzar en auxilio del Mayor Miller, quien durante todo este tiempo, se batía al frente de nosotros, y tuve la satisfacción de llegar en el acto en que cargaba sobre el enemigo, arrollándolo cerro abajo y persiguiéndolo a la bayoneta. A la media hora estaba de vuelta, habiendo capturado al enemigo su bandera..." Y agrega después: "... Me faltan palabras para encomiar el valor y arrojo del Mayor Miller, del Capitán de Infantería Mora y de los Tenientes de Marina Yung y Addison". Y en cuanto a la tropa: "Soldados veteranos no habrían desplegado más coraje".

El 11 de agosto de 1819 se nombró al Teniente Coronel de Ingenieros Jaime Charles, Comandante "de la Artillería y tropa de Marina"— como dice en sus memorias el ilustre almirante inglés. Con él, iban otros oficiales que habían de dar a la epopeya más de un capítulo luminoso; pero ninguno como el suyo.

Valiente Jaime Charles en cuyo pecho, al desembarcar en Pisco, un fusil enemigo prendió la última condecoración; la estrella púrpura de la muerte en acción.

Fue furioso el combate con la guarnición española, que constaba de 600 infantes, con 150 caballos, cuatro piezas de artillería y un fuerte artillado para la defensa del puerto.

Murió Charles y salió Miller mal herido; pero cayó la plaza.

Aquel último tendrá para su jefe y compañero un recuerdo conmovedor: "Quizás —anota en sus memorias— no haya existido jamás un oficial que, sirviendo en ejército extranjero haya sido universalmente distinguido y que desplegara cualidades que le dieran más derecho a ser estimado, ya fuese por sus conocimientos en su profesión o por sus cualidades personales".

Poco antes les había correspondido actuar juntos en El Callao, cuando se planeó el lanzamiento de cohetes incendiarios y bombas. Con tres lanchas llevadas a remolque, se llevó a efecto el ataque al puerto, al anochecer del día 2 de octubre de 1819.

En esa ocasión, Charles que tenía el mando del ataque, "operó —dice Cochrane— con aquella habilidad, celo y energía que tanto le recomiendan".

El Mayor Miller comandaba la batería de morteros y la precisión con que arrojaba las bombas, hizo temblar el fuerte Nordeste que protegía los buques cnemigos.

El furioso cañoneo dirigido sobre las lanchas y los buques que remolcaban, provocó un incendio en la balsa de Hinde. Y el altivo capitán y sus trece infantes sólo fueron removidos de sus puestos por la violenta explosión de los cohetes, pereciendo algunos entre las llamas y las revueltas aguas del mar.

El dominio del mar permitía a la flota operar a lo largo del vasto litoral Sur de la América hispana, dando ocasión para los desembarcos, asaltos y golpes de mano de sus infantes.

Los postrimeros reductos hispánicos —Valdivia y Corral, tenidos por inexpugnables— sucumbieron el 3 de febrero de 1820 ante el golpe osado de Miller y Beaucheff.

Este último, del grado de mayor, era el jefe de la tropa del ejército —250 hombres— puesta por el General Freire bajo el mando de Cochrane.

Se embarcó con su gente en Talcahuano en el bergantín "Intrépido" y la goleta "Moctezuma".

En la toma de Valdivia, con cuarenta y cuatro soldados de Infantería de Marina desembarcó Miller en la primera lancha, bajo el fuego de los que defendían la plaza, y se apoderó de la playa a la bayoneta. El mismo relata que "la batería de la Aguada del Inglés, los fuertes llamados San Carlos, Amargos, Chorocamayo y Corral, junto con varias piezas de artillería que dominaban el angosto desfiladero, fueron tomados por asalto o abandonados por el enemigo".

Cayó primero el castillo de la Aguada del Inglés. Vidal, el joven portaestandarte de la Infantería de Marina, logró aproximarse por el lado de tierra, mientras los demás atacaban por el frente, concentrando la atención de la defensa. Penetró en el fuerte, y con la ayuda de

algunos de sus hombres, arrancó la palizada para tenderla sobre el foso, a modo de improvisado puente. Por él entró su reducida fuerza. Irrumpió con tal energía, descargando sus fusiles, que huyeron los 300 hombres que guarnecían el castillo.

Al día siguiente cayeron los fuertes de la ribera oriental.

Entre los premios otorgados a los vencedores de Valdivia es necesario recordar el ascenso a Subteniente del Sargento 1º de Infantería de Marina, Diego Cabrera. Año más tarde recibiría igual galardón don Diego Agustín Ramos después del combate de Casma, y en 1879, Ramón Clave, Sargento 1º de la guarnición de la "Covadonga".

El asalto de Chiloé no fue tan afortunado; pero sirvió para que los infantes dieran una hermosa lección de lealtad. "Dieron —dice García Reyes— un nuevo testimonio de su fidelidad y cariño hacia su comandante, Mayor Miller. Tres de ellos, que fueron los primeros en avanzar y los últimos en retirarse, rehusaron noblemente abandonar el campo sin llevar consigo a su jefe, que lleno de heridas, había caído en tierra".

Una vez más dieron muestras de su extraordinario arrojo. Miller desembarcó en Huechucucuy, en la noche del 18 de febrero de 1820, contra la oposición de la fuerza enemiga destacada para impedir el desembarco. Avanzó intrépidamente por en medio de los bosques a tomarse el fuerte Corona. La obscuridad les hace perder el camino; pero lo recuperan con las primeras luces del alba, y se apoderan del fuerte al promediar la mañana.

Una hora apenas de descanso y otra vez en marcha. Los bizarros infantes quieren también dar el golpe en el castillo Aguy. Allí Quintanilla los aguarda con 12 piezas montadas y varias otras que flanquean el camino de subida. 500 soldados frescos se mueven en el recinto.

Miller escoge 60 de sus hombres para el primer asalto y él se pone a la cabeza. Pero el enemigo está alerta, es demasiado numeroso y está bien armado. La recepción es fulminante. Cuando

Miller llega al camino de subida, una descarga cerrada le tiende en tierra 20 muertos y 19 heridos. El mismo cae entre los últimos. La prudencia aconseja la retirada. Tan desigual e inútil se presenta la lucha que el Capitán Erezcano ordena regresar. Y vuelven con su heroico jefe a cuestas.

ferentes si él había pedido en su proclama sólo "una hora de coraje y resolución". Ningún infante quiso quedarse a bordo después de oír al almirante: "Acordaos de que soís vencedores de Valdivia y no os atemoriceís de aquellos que un día huyeron de vuestra presencia...".



Batería de 2 cañones de 280 mm. Krupp. Inicialmente llevó el nombre de Batería Sirena. Constituyó con las Baterías Valdivia y Yervas Buenas, el principal armamento del puerto de Valparaíso. Su construcción se terminó en 1896, permaneciendo en servicio hasta el año 1956. Hoy constituye el principal elemento en el patio histórico del Fuerte Vergara.

Para la Expedición Libertadora del Perú se embarcan 226 hombres en los buques "O'Higgins", "San Martín", "Lautaro" y "Chacabuco". A esta gente se refiere Cochrane cuando dice al relatar la captura de la "Esmeralda" en El Callao". . . . "Todos los infantes de marina se presentaron gustosos a acompañarme". Cómo podían quedarse indi-

pero todos no podían participar en el audaz golpe. De ellos se escogieron 100 para el glorioso día del 5 de noviembre de 1820. Y se completó el número de elegidos con 170 marineros.

Entre los asaltantes de la "Esmeralda" —que aparecieron de repente como una blanca visión de fantasmas con

franja azul sobre el brazo izquierdo y armados de pistolas, sables, machetes y cuchillos— iban el Capitán de Artillería Gervott y el Teniente de Infantería Romero.

Terminadas las expediciones libertadoras del Perú y Chiloé y eliminado ya el peligro inmediato, la escuadra fue condenada al desarme y a la venta de sus unidades en pública subasta. Gran parte de la tropa fue licenciada, una pequeña parte volvió a los fuertes y a otras unidades del Ejército, institución de la que dependía. Varios oficiales quedaron sin destino y a medio sueldo.

En 1829 existía a bordo sólo la guarnición del bergantín "Aguiles", al mando del Teniente don José Angulo. Por cinco años constituyó este buque con la goleta "Colo-Colo" todo el poder naval chileno, y esta escuadra no podía permitirse el lujo de una guarnición. Pero, en 1836, realizó Freire su expedición revolucionaria a la estratégica región de Chiloé. Entonces se embarcó una compañía de infantes de marina en la fragata "Monteagudo", que acababa de entregarse a las autoridades chilenas en Valparaíso, y se puso proa al Sur. Fondó en las cercanías de las islas Cochinos. Y en la noche del 28 de agosto, se desembarcó gente. A las 3 A. M. estaba la fortaleza en poder de los asaltantes y apresados el "Orbegoso" y la goleta "Elisa".

Este peligro se había conjurado; pero surgía otro mayor: la Confederación Perú-Boliviana.

Cuando el 13 de agosto de 1836, zarpó al Perú el bergantín "Aguiles", llevando a bordo al comisionado don Victorino Garrido, conducía una bizarra guarnición. Y bien que lo probó, cuando los chilenos se apoderaron en El Callao de buques de la Confederación.

Se tripularon 5 botes del "Aguiles" con 80 hombres, entre soldados y marineros, número suficiente para atrapar en un solo golpe de audacia la barca "Santa Cruz", el bergantín "Arequipeño" y la goleta "Peruviana".

No faltaron los infantes en el combate de Casma. El Comandante Simpson se refiere a ellos cuando da cuenta de la

acción del 12 de enero de 1839 y habla de "los bravos que componen nuestras tripulaciones y la guarnición Carampangue al mando del Teniente de la Primera Compañía, don Andrés del Campo, todos los que a pesar de su corto número, se manifestaban siempre con entusiasmo y denuedo...".

Hicieron esta campaña, además del Teniente del Campo en la Confederación, el Capitán Manuel F. García en la corbeta "Libertad", el Sargento Mayor José Angulo con el Subteniente José Vargas en la "Valparaíso" y el Teniente José María Vallejos en la barca "Santa Cruz".

Antes que ellos, no lo habían hecho mal los artilleros de costa cuando la escuadra del Protector Santa Cruz se presentó el 23 de noviembre de 1837 en Talcahuano. El enemigo pretendió desembarcar, destacando cuatro botes con tropa. "Los castillos —dice en su informe el General Bulnes, Intendente de Concepción— rompieron el fuego y habiéndoles muerto a pocos cañonazos al Oficial que mandaba uno de los botes hiriéndoles malamente a dos hombres más, retrogradaron con precipitación todos ellos y se reembarcaron.

En 1840 llega la nueva fragata "Chile", en la que se embarca como jefe de la guarnición el Capitán Almeyda. Este buque, sumado al bergantín "Janequeo", formaba en 1842 el poder de nuestra flota. Sin embargo, el batallón de Infantería de Marina tenía una dotación de 404 plazas. En Valparaíso, cubrían los cuatro viejos castillos que aún guarnecían el puerto.

Para asentar la soberanía en la región austral, se envió al Capitán de Fragata Juan Guillemos, que comandaba la goleta "Ancud", a tomar posesión del Estrecho de Magallanes y a establecer el Fuerte Bulnes en la punta Norte de Puerto del Hambre, de triste recordación. Allí quedó montando guardia al pabellón chileno, izado el 21 de septiembre, un piquete de artillería con el Teniente Manuel González Hidalgo. Al año siguiente, se elevaría su rango a guarnición y vendría a prestar servicios en ella el Capitán José Manuel Molina y el Teniente Erasmo Escala.



Corre más de un decenio; pero los cambios son escasos. Una reducción del batallón a brigada (\*) en 1846 y la instalación de una guarnición en Magallanes, a donde lleva, en 1852, la barca transporte "Infatigable" cañones y pertrechos para montar una batería. Tres años antes, la sublevación de Cambiaso había quemado la fortaleza del puerto Bulnes, dejando confinada la tropa en puerto Solano. Gran parte de esta misma gente constituyó la nueva guarnición en Magallanes.

Las dificultades que naturalmente debieron observarse en la dinámica del servicio, con respecto a la dependencia de la tropa de Infantería de Marina y a las atribuciones de las distintas jefaturas por la circunstancia de pertenecer al Ejército y servir en la Armada, dieron origen al decreto del 5 de noviembre de 1857. Esta disposición le da una organización "sometiéndola a reglas determinadas en armonía con las Ordenanzas de la Armada y del Ejército". Con ello se señala su carácter anfíbio singular.

En el artículo 1º se establece que "para custodia, fuerza y defensa de los buques de la República, habrá por ahora, tres compañías de Infantería de Marina; las que serán empleadas bajo la dependencia del Ministerio de Marina; en este servicio y en la guarnición de plazas u otros fines que convengan". Agrega en el artículo 5º que esta tropa "será considerada como cuerpo regular de infantería chilena y como tal alternarán con los del Ejército con quienes concurriere". Quedaban así, pues, definidos sus tres campos de acción: en la flota, en las baterías de costa y en las campañas de tierra adentro. Sus oficiales sirvieron indistintamente estas funciones.

Emilio Sotomayor fue Comandante de la Artillería en Valparaíso y jefe de las fortalezas de Chiloé antes de distinguirse en las batallas de tierra. Con él, debe recordarse a Erasmo Escala, a Eleuterio Ramírez y muchos otros héroes de las jornadas del 79.

(\*) Según la organización de ese tiempo, el batallón tenía seis compañías con un total de 800 plazas, al mando de un Coronel o Teniente Coronel; la brigada contaba, en cambio, de tres compañías, al mando un Teniente Coronel o Mayor.

Años más tarde, un decreto supremo del 4 de agosto de 1865 ordenaba que el personal recibiera la organización e instrucción adicionales necesarias para desempeñarse a bordo como artillero.

Con ciertas limitaciones, estaba sujeta en cuanto a "disciplina, policía y mecanismo, al Inspector General del Ejército". Los oficiales deberían ser considerados en la Armada y el Ejército "por los grados que obtuvieron alternando con los oficiales vivos de su carácter por data de sus títulos".

Este mismo decreto fijaba el uniforme. Este debía ser igual "en cuanto a la forma, al de la infantería de línea con los colores de la Marina, azul y rojo".

Difería también con las demás unidades del Ejército en el botón que era "timbrado con el ancla y estrella de la Marina".

El personal embarcado estaba sujeto a las disposiciones de la ordenanza. Debía participar en las maniobras por bajo (\*) y en los ejercicios de la marineía.

No todos los muertos han caído en las acciones bélicas. También existen sacrificios de vidas en la paz. Así se perdieron cuatro hombres de la guarnición de la "Infatigable" cuando, en 1855, hizo explosión la santabárbara y escapó un solo soldado en el naufragio del vapor de guerra "Cazador", ocurrido en 1855.

Pasan los años y otra vez la guerra asoma su rostro de tragedia en el desfile prepotente de la Escuadra del Almirante Pareja, frente a las costas chilenas y peruanas.

El anticuado material de los viejos castillos no había sido reemplazado. Ante el inminente peligro de ataque, se ordenó la construcción de nuevas fortificaciones; pero el lento trámite para obtener los fondos impidió terminarlas a tiempo y el bombardeo del 31 de marzo de 1866, sorprende a Valparaíso in-

(\*) Maniobra "por bajo" es la faena y operación que se hace a bordo de los buques, en cubierta.

Maniobra "por alto", la que se realiza en los palos, vergas y velamen.

defenso. Fue blanco fácil de los proyectiles peninsulares y pasto de las voraces llamas.

El Coronel Arteaga organizó la tropa de Infantería de Marina para resistir un desembarco. Dividió la línea costera de la bahía en tres sectores. El asumió el comando del primero y asignó los otros dos a Escala y a Borgoño.

La dura lección del último día de marzo se clava en el corazón de Chile y es golpe de muerte para aquella indiferencia suicida que provocó tal doloroso desenlace. El mismo año se organiza el batallón de Artillería de Marina y se continúa con celeridad y decisión manifiesta la construcción de fortificaciones en Valparaíso y Talcahuano.

El batallón de Artillería de Marina se forma el 4 de agosto de 1866, sobre la base del batallón de Infantería de Marina. "La instrucción preferente de este Cuerpo —se ordena en el decreto que lo crea— será la artillería de costa, de a bordo y de campaña, sin perjuicio de ejercitarse en el manejo del fusil y en las evoluciones de infantería". Primaba, esta vez, la función del artillero sobre la del infante, indudable influencia de la cercana y dolorosa experiencia del bombardeo.

La misión que se le asigna coincide con las anteriores: "cubrir la guarnición de los buques de la escuadra, colonia de Magallanes y plaza de Valparaíso".

Se vuelve a insistir en que se regirá a bordo por la Ordenanza de la Armada, y en tierra, por la del Ejército. Pero se expresa que este Cuerpo depende "en todas sus ramas y servicios de la Comandancia General de Marina". El personal de tropa procede del Ejército y también los oficiales. El decreto disponía que estos últimos debían reclutarse de entre los más distinguidos de la Escuela Militar.

En 1872 se les fija un uniforme con morrión de paño azul, penacho de pluma gris con cordoncillo de oro en las orillas con el escudo del Cuerpo, de metal amarillo dorado a fuego, sobre la visera.

En la guerra del Pacífico los infantes desembarcaron con Sotomayor en Antofagasta, al mando del Mayor José Ra-

món Vidaurre. Este jefe, comunica después al General Escala "... la fuerza del regimiento de mi mando sabrá cumplir con su deber en cualquier circunstancia, siguiendo las huellas que se ha encontrado a bordo de los buques de la Armada".

De su valerosa conducta en el combate de Chipana del 12 de abril de 1879, da cuenta el Comandante Latorre: "... igual recomendación me permite hacer a V.S. de la tripulación y guarnición de la "Magallanes", cuyo entusiasmo y decisión en estas circunstancias me han dejado asimismo completamente satisfecho".

En Junín el 2 de noviembre de 1879, los recios pechos de los infantes de Marina abrieron la brecha por donde irrumpió el violento tropel de la invasión, como una ola triunfante y avasalladora.

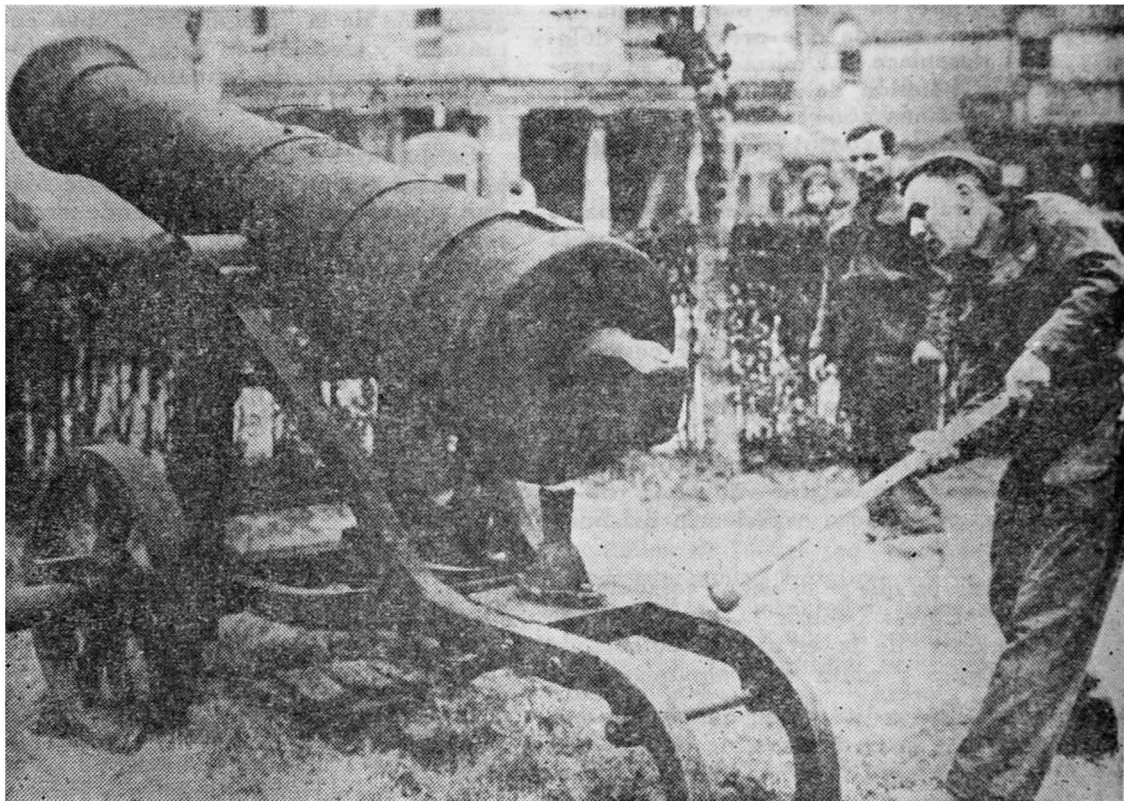
Seiscientos setenta eran, entre infantes y artilleros de Marina, los que cubrían las guarniciones a bordo de los buques de la escuadra. No hubo acciones terrestres ni marítimas en las que no participaron con brillo. Estuvieron en las batallas de Dolores, Tarapacá, Tacna, Arica, Chorrillos, Miraflores y en la entrada victoriosa a Lima, en 1881. Allí montaron guardia al tricolor nacional, izado por tercera vez en la casa de los Virreyes. Pero es en Iquique donde su valor se ha sublimado y la patria debe escribir, en la lista de sus héroes, los nombres de varios artilleros: Aldea y Canave caen heridos de muerte en la cubierta del "Huáscar" junto a Prat, y Díaz junto a Serrano. El corneta Pantaleón Cortés se desploma bajo la puntería de un fusil, mientras sopla en su instrumento: ¡Al abordaje! Pero antes que el último toque de combate se pierda en el aire, ya el tambor Gaspar Cabrales arrebató el clarín de las manos del moribundo y arranca al bronce, con la fuerza de los pulmones de un gigante: ¡Al abordaje! y ¡A degüello! hasta que una bala enemiga la quita la corneta con la vida. Al verlo sucumbir, corre a su lado el Cabo Crispín Reyes para que no se callen los toques de combate y sopla hasta que las aguas lo ahogan, al hundirse la corbeta. Por eso es que contaron los sobreviviente que, con el último

disparo de Riquelme, "oyeron también al mismo tiempo, el toque varonil de la corneta".

Los años posteriores son testigos de algunos cambios que van aminorando por razones de economía, la potencialidad de la Institución. Por decreto supremo del 7 de diciembre de 1887, se la organiza con el nombre de Artillería de Costa, bajo la tuición del Ejército.

sobre la base del antiguo Regimiento de Marina, a partir del 1º de enero de 1833.

En 1891, a raíz del movimiento revolucionario, se aumenta el batallón a regimiento y se montan provisionalmente algunas baterías con cañones navales. Como los fuertes estaban cubiertos por personal del Ejército, de la fracción leal al Gobierno, dispararon el 16 de enero



**Cañón inglés en uso en 1870. Cañones como éste se emplearon en nuestras primeras fortificaciones. (Sólo como materia informativa ya que no corresponde a fotografía de emplazamiento de Artillería de Costa de Chile).**

Ya se había suprimido el servicio de guarniciones en los buques, con personal militar. El decreto supremo 3.034, del 21 de junio le había fijado al Departamento de Marina "la instrucción, disciplina y distribución del personal de la Armada y del Cuerpo destinado a las guarniciones de los buques".

El batallón de Artillería de Costa, cuyo comando tomó Diego Dublé Almeyda, se organizó con 500 hombres

el Buera, Valdivia y Andes sobre el blindado "Blanco Encalada", que había izado la bandera constitucional. Hubo a bordo 12 bajas entre muertos y heridos.

Como la escuadra necesitaba contar con una fuerza de artillería de costa que le fuera adicta, la Junta de Gobierno creó el Cuerpo de Reserva de Marina. Formaba "parte de la dirección de la escuadra y tenía por objeto el servicio militar de los fuertes y puertos del litoral

y el salvamento y protección del comercio". Su comandante sería un jefe de Marina. Recayó el primer nombramiento en el Capitán de Fragata don Arturo Fernández Vial.

Cuando cayó el puerto de Valparaíso en poder de los revolucionarios, se hizo cargo de los fuertes el Regimiento N° 3 de Artillería, que tenía por comandante al Teniente Coronel José María Bari. A él le correspondió organizar el Regimiento de Artillería de Costa a base de su gente y elementos.

Los trabajos de fortificaciones pudieron, por fin, terminarse en 1900, en Valparaíso, y en 1906 en Talcahuano, con la dirección del señor Gustavo Bethold, contratado especialmente para ello con el grado de coronel.

Faltaba una escuela para especializar los oficiales y formar la tropa. Esta alta misión se comenzó a cumplir en 1897, en la primera escuela regimental que funcionó en el cuartel central, sitio en la calle Independencia. Al entusiasmo y visión de los jefes chilenos se sumó la ayuda técnica del capitán norteamericano John W. Gullick y la Escuela de Artillería de Costa recibió su organización fundamental en el año 1915.

La dificultad que la Armada tenía para participar en los planes de la defensa de bases y puertos, en la ubicación de la artillería de costa, que tan directamente, le afectaba, dio como resultado la Ley 1.060, del 10 de agosto de 1898. En esta ley se consultaba, en la dirección superior de la Armada, un departamento de "la defensa de las costas y obras hidráulicas". Se complementó en forma apreciable con el decreto supremo N° 594, del 2 de abril de 1903, que ordenó que las fortificaciones y el Regimiento de Artillería de Costa, pasaran a depender de la Armada.

El antiguo Regimiento de Artillería de Costa fue disuelto, y refundido con la Brigada de Rifleros de la Armada, pasó a denominarse Regimiento de Artillería de Costa. A esta nueva unidad correspondió entonces cubrir las guarniciones de los buques y de tierra, y la atención de las fortificaciones.

En 1907 integraban esta esforzada institución 1.766 hombres. Existían guarniciones en siete buques de la escuadra compuestas de 12 a 20 soldados y un oficial.

El primer jefe de la Armada que tomó el mando del regimiento fue el Capitán de Navío Recaredo Amengual, en 1908; pero el cambio total de jefes y oficiales se realizó cinco años más tarde. Le correspondió al Capitán de Corbeta Olegario Reyes del Río recibirse del Grupo Valparaíso; y al Capitán de Fragata Eliseo Merino, de Talcahuano.

En diciembre del año anterior dispuso el Gobierno que la Artillería de Costa pasara a depender de la Dirección de Artillería y Fortificaciones en lugar de la Dirección General de la Armada. Dieciséis años después, en 1928, se dictaba un nuevo reglamento para el Cuerpo de Artillería de Costa, que lo hacía depender del Ministerio de Marina. Con esta fecha, los Grupos Valparaíso y Talcahuano se elevan a Regimientos.

El reglamento del año 28 fijaba al Cuerpo las siguientes misiones, en su artículo 3°: "Atenderá a la defensa del frente marítimo y a la defensa terrestre y antiaérea de los fuertes y puntos fortificados a su cargo; y, ya sea operando aisladamente, o en combinación con la flota o con fuerzas del Ejército, atenderá, así mismo, a la defensa de los puertos, bases y costas, necesarias al desarrollo de las operaciones navales".

A partir de 1938 llevará el nombre de Defensa de Costa y desde 1939 existirá la Inspección del Cuerpo dependiente de la Comandancia en Jefe de la Armada.

Hoy, de nuevo con la denominación que refleja sus funciones genéricas, el Cuerpo de Infantería de Marina realiza con su dedicación y entusiasmo proverbiales, su triple función de Infantes de Marina, Artilleros Antiaéreos y Artilleros de Costa.

Para satisfacer sus diversas funciones con eficiencia, ha sido preciso preocuparse de la especialización de la tropa y oficiales en las diferentes escuelas de la Armada, del Ejército y del extranjero. Esta especialización ha de ser cada vez

más diferenciada, ya que así lo exigen la modernización y complejidad creciente del servicio.

Esta es la trayectoria en el tiempo de este Cuerpo que vela por la soberanía nacional, con sus oficiales y su tropa en los confines marítimos de nuestro extenso territorio; que dota destacamentos a bordo; que defiende las bases de la flota, guarnece los puntos más valiosos del litoral y primariamente conforma las fuerzas de desembarco anfibio que constituyen la sólida proyección del Poder Naval en un país de destino marítimo. Quizás por el uniforme que exhibe los tres colores del pabellón patrio: rojo, blanco y azul, o quizás por la dureza, bizarría y circunstancias azarosas de su vida, se les llama jovialmente "los cosacos". Y estos "cosacos" han sabido ganarse el corazón del pueblo por su actuación en las múltiples actividades que les corresponde desempeñar al Cuerpo de Infantería de Marina. Muy especialmente, a través de los contingentes de Conscriptos que, desde los cuatro puntos cardinales de Chile, llegan hasta los Cuarteles que preside el simbólico torreón, con sus cruzados cañones apoyados sobre el ancla naval.

Los triunfos que recuerda este relato, fueron posibles gracias al ingenio y valor de los hombres que participaron en

los hechos y, sobre todo, porque Chile conquistó y mantuvo el Dominio del Mar.

Desde las cubiertas de los buques que transportan y apoyan una Operación Anfibia, exponente por excelencia de la actitud ofensiva del Infante de Marina, o desde el peñón que otea los cielos y el vasto horizonte, azotado por la inquietud del océano, los Soldados del Mar —fieles a su tradición expresada en el lema de su escudo: "FORTIS ATQUE FIDELIS"— vigilan alertas el cielo y el mar de Chile, listos para actuar donde y cuando fuere necesario.

Así fueron y así son los hombres de este Cuerpo cuya creación se decretó un 16 de junio, nebuloso quizás para que se dijera emergido del frío y de la bruma. Así es esta Institución que tomó por insignia una muralla torreada y dos cañones y los cruzó sobre el ancla y la estrella de la Armada de Chile.

El hábito de antaño ha de vivificar siempre esas virtudes militares que nacieron en las luchas del mar, de la costa y de la pampa.

Siempre ha de repercutir en los corazones, sobrecogidos de viril emoción, la frase con que la posteridad identifica al Sargento Aldea y a cualquier Infante de Marina: "Valiente y leal hasta la muerte, cumplió con su deber".

